

Filmoteca
de Catalunya

Popular Film



Preu: 20 Cènt

DISPONIBLE

Los Lithinés del Dr. GUSTIN
sirven para prepararse uno mismo
la MEJOR AGUA MINERAL

Contra las afecciones
Gota, Diabetes, Arenilla, Artritis, Reumatismo,
y las enfermedades
del Estómago, del Hígado, de la Vejiga y de los Riñones

El agua mineralizada con los LITHINÉS del Dr. GUSTIN
posee una actividad mayor que las aguas natu-
rales, siendo en cambio su precio diez veces menor.

CADA CAJA sirve para preparar 12 LITROS DE AGUA MINERAL

De venta en las principales farmacias

DEPÓSITO CENTRAL:

Establecimientos DALMAU OLIVERES, S. A. - Paseo de la Industria, 14 - Barcelona

AÑO II

NÚM. 26

Popular film

Gerente: **Isidro Bultó Casanovas**Administrador y Apoderado: **J. Olivet Vives**Director técnicoartístico: **S. Torres Benet**

Redacción y Administración: París, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 734 G. - BARCELONA

Director literario: **Mateo Santos**
Redactor jefe: **Marifé de Ribera**
Director musical: **Maestro G. Faura**

27 DE ENERO DE 1927

Oficinas en Madrid: Hortaleza, 46, pral.
Delegado: **Domingo Romero**
Director: **Luis Gómez Mesa**

DE LA ESPAÑA CINEMATOGRAFICA

Retrato de Conchita Piquer

Joven y guapa. ¿Nada más? ¿Por ventura es poco? Para presentación, a pesar de la vaguedad de los términos usados, es suficiente. No siempre hallan ambas palabras acoplamiento tan terminante.

Revelar la existencia de la juventud y de la belleza — al adelantar una impresión de conjunto, total, sin precisar — en la «estrella» a quien pensamos retratar, ya es mucho. Y decirlo de modo positivo, concreto, equivale a enseñar en plena reunión de admiradores de la Piquer la más garbosa de sus fotografías y esconderla al punto, dejando palpitante el interés por verla despacio.

Bonita y retrechera de los pies a la cabeza. De rostro sugestivo, ovalado y blanco, ligeramente sonrosado por las mejillas; de nariz preciosa, proporcionada, muy en armonía con los ojos — negros y parlanchines, de miradas, a veces misteriosas y llenas de tristeza y languidez, y claras y tranquilas por lo general — y con la boca, de labios rojos y gorduzuelos y de dientes cuidadísimo, en simétrica alineación; de pelo, que sin ser por completo oro ni azabache, tiene más de aquel que de éste; de cuerpo fino y esbelto, moldeado por un escultor gustador de la escuela griega, y de piernas y brazos tentadores, resulta Conchita Piquer lo que los castizos llamamos una real hembra o una moza la mar de maja.

Nacida en Valencia — plantel de grandes maestros del pincel, de la pluma, del pentágrama y del cincel, tierra de luz, de encanto y de poesía — lleva Conchita en su interior la dulce serenidad que el azul del Mediterráneo y del cielo de Levante produce en el viajero. A ratos, cuando sus venas se acuerdan de que por ellas corre sangre

de su pelo, y en particular sus ojos, se ajustan en absoluto al drama oriental.

La Piquer, en creaciones todo pasión y todo ardor, está mejor que de ingenua. Su figura, propia para engendrar fuertes amores, y su arte, capaz de dominar sus inclinaciones sencillas y de sentir cuantos papeles se le confíen por opuestos que sean, la ayudan a gozar de la doble personalidad: la que posee en la vida y la que representa en el mundo de la ficción.

En la vida, como mujer, sentado queda: Conchita Piquer acapara los mayores adjetivos de ensalzamiento. Como artista, la cosa varía, pues no hay unanimidad en el elogio, al contrario, se la disente y aun se la censura. ¿Y no es esto halagador? Lo al alcance del vulgo causa indiferencia. Únicamente lo fuera de lo común llama la atención y provoca disputas. Tal acontece en el caso que nos ocupa: mientras unos la elevan a las nubes, otros no la encuentran ninguna cualidad que esombre ni que explique su repentina celebridad.

Conchita Piquer, en el terreno del arte, no desentona de su esplendidez como mujer. En el escenario, para el espectador que con discreta propina obra el milagro de sacar de su confusión al taquillero que «creía» vendidas las primeras filas de butacas y para el que prefiere los gemelos a las propinas para «contemplar de cerca» y no perder detalle del espectáculo,

Conchita puede tutear a las que más resplandecen por sus méritos en las varietés y compadecer a las que brillan gracias al sidol de las gaceticillas de contaduría. De grata y bien timbrada voz y de gestos y ademanes adecuados a la índole de la canción, convence como cupletista. Y ágil de piernas y de nervios, co-



CONCHITA PIQUER

Bella y artista, parece proclamar con su actitud segura el éxito de su interpretación de Emma Cortadell en «El negro que tenía el alma blanca», de Insúa.

máticos y bulle en sus pupilas el fuego de las Kadíjas, de las Aichás y de las Sobejas. Tapada la purpurina de su cabello con un tinte oscuro, haría Conchita una estupenda hija del desierto. Saltando por encima de su carácter — pacífico por naturaleza, con leves sacudidas de coraje — su tipo, corregido el semirrubio

Popular film

noce hasta el rendimiento el rápido compás — escaso en ritmos de la suavidad del vals y del tango — de los frenéticos bailes modernos. De su estancia en los Estados Unidos de América — donde realizó su carrera — se trajo el aire frívolo y alegre del incomparable Broadway neoyorquino, que refleja en danzas y cuplés de puro sabor anglosajón, mitad picardía y mitad inocencia. Pero la parte extranjera de su repertorio es como lo áureo de su pelo: una nota exótica, que destaca más el origen españolísimo de Conchita.

Y en la pantalla, para quienes adivinan bajo

la apariencia cosmopolita un alma netamente nacional, es Conchita Piquer la «estrella» que necesitábamos para que, embajadora nuestra — de nuestras costumbres, de nuestra complicada psicología, de nuestras tradiciones, etcétera... — acabe, por medio de películas fieles y sensatas, exentas de comerciales tópicos, con esa maldita leyenda, que se mantiene firme como la maldad ante los ataques justos y que nos exhibe — ¡a estas alturas, en que en artes, ciencias, en letras, e incluso en deportes, disfrutamos de puestos prominentes en el escalafón universal! — como un pueblo de la

Edad Media, en Claros, trasado y bárbaro.

¡Concha, Conchita Piquer: olvidate de que eres la intérprete triunfadora de Emma Cortadell en «El negro que tenía el alma blanca», librate de ese extranjerismo que te abruma, sé española sin trampa ni cartón, abandona el peligroso camino que te ofrece engañador «El gato montés» — magnífica «españolade» y supremo acierto de Manolo Penella — y dignifica, por tu santa Patrona, con la fuerza de tus hechizos y de tu fama, nuestra cinematografía, la tuya, la de España!...
Madrid, enero de 1927.

L. GÓMEZ MESA

SILUETAS DEL FILM

Ronald Colman

La mentalidad americana es de una difícil comprensión para cualquiera que se avenga a observarla superficialmente. Es evidente, que el éxito de Ronald Colman es de lo más sorprendente que se ha visto, porque este artista parece, a primera vista, alejado del espíritu americano y, lógicamente, su humorismo, a veces sarcástico, no debería convenir ni agradar a los ciudadanos de los Estados Unidos.

Existen pocos artistas que se hayan beneficiado como él, aprovechando y sacando partido a su jovialidad. Los americanos nos han demostrado en este caso su poco fanatismo, habiendo abandonado la admiración sentida por sus jóvenes atletas para hacerla recaer sobre Ronald Colman, quizá por los contrastes que les ofrece este gran seductor de la pantalla.

Este artista posee un talento lleno de matices y se ve en él al hombre normal, que llega a conquistarse la simpatía del público por su perfecta cortesía y no por la fuerza de sus bíceps o por su aptitud para conducir vertiginosamente un auto.

A más de esto, Ronald Colman, aún conserva su bigote, y según él mismo dice, no piensa afeitarse por ahora, reforzando de esta manera a ese pequeño conjunto de artistas de cinema que no tienen los labios completamente rasurados y que podían tomar por generalísimo a Adolphe Menjou.

Posee Ronald Colman un excesivo amor a la ironía, lo cual ha llegado a causar más de una vez la desesperación de los periodistas cinematográficos, a los que suele contar inverosímiles historias, que ellos publican sin darse cuenta de que les está tomando la cabellera.

Este héroe, tan diferente de los que llegaron a ser ídolos de las masas, tal como Rodolfo Valentino, John Barrymore, Richard Dix, etc., etc., es admirado por el público norteamericano por todo lo que él tiene de exótico y misterioso.

A pesar de esto, él suele convenir, dando pruebas de su buen sentido, que el director de escena que tuvo la audacia de contratarle por vez primera en los Estados Unidos, realizó una experiencia peligrosa, pues se expuso a no agradar a la masa, no acostumbrada a la labor de este simpático artista.

Ha sido difícil para él la partida jugada, pero el triunfo le ha premiado, sin que este triunfo haya hecho crecer su orgullo. Es un mozo encantador para sus amistades, a pesar de que se muestra bastante desconfiado antes de prestar su afecto a cualquier advenedizo, pues está muy desengañado por las infinitas desilusiones que ha recibido. En el fondo, Ronald Colman es un sentimental; esta es la opinión de los norteamericanos, que rara vez se equivocan en estas cuestiones, y que le han hecho objeto de su simpatía porque ven en el un don Juan de una especie rara, que les impresiona, pero al que adivinan lleno de ternura y calor.

Ronald Colman, recibe centenares de cartas, sobre las cuales guarda la más absoluta discreción, al contrario de lo que hacen algunos de sus colegas, que se envanece y ponen en ridículo las cartas que les envían las pobres enamoradas, que llegan a él con una declaración de amor.

Nació en Inglaterra, en la pequeña villa de Surrey. Su padre era un importador de sedas,

que se ganaba largamente la vida y que estaba decidido a que su hijo le sucediera en su oficio.

—Os confieso — nos dice Ronald Colman — que hasta cierta edad me pareció muy natural el deseo de mi padre. Pero los acontecimientos se encargaron de orientarme hacia otra carrera. En 1910, y cuando estaba a punto de entrar en la Universidad de Cambridge, sufrió mi familia un revés de fortuna que nos obligó a abandonar la villa en que hasta entonces vivimos. En un principio estuvimos a punto de trasladar nuestra residencia a Escocia, en la que mi familia tenía algunas posesiones; pero los negocios de mi padre le hicieron desistir de esta idea, y no tardamos mucho en establecernos en Londres. En lugar de dedicarme al estudio, como era mi deseo, me vi obligado, en aquella época, a ayudar a mi padre. Mis ocupaciones me dejaban algunos ratos libres, que aprovechaba para frecuentar asiduamente el teatro, la más grande afición de mi vida.

—El gran acontecimiento de mi infancia — continúa —, lo constituyó el nacimiento de mi hermana. Tenía entonces cuatro años y me creí, por aquel nacimiento, investido por la naturaleza de una función protectora, que a mi juicio, me daba derechos casi absolutos, sobre la vida de aquel pequeño ser, que fué objeto de todos mis amores.

»Los años pasaron, y mi afición al teatro fué creciendo sin que los míos se opusieran a este gran deseo que llenaba toda mi existencia. Al sobrevenir la guerra, me encañé a primeros del mes de agosto del 1914 en el regimiento escocés de Londres, y desembarqué en Francia a últimos de este mismo mes. He conocido horas terribles y he visto en más de una ocasión la muerte de cerca. Aún conservo en mi memoria los momentos angustiosos de la batalla de Mons, en la que perdí a mis mejores camaradas. Fuí gravemente herido por un casco de obús en los primeros días del 1915. Me trasladaron a Escocia convaleciente... Vuelto definitivamente, al acabar la guerra, a la vida civil, no pensé ni un solo instante en continuar los negocios comerciales, y me orienté hacia el teatro, consiguiendo ser aceptado como partiquino en el «Coliseum», cuyo director me confió un insignificante papel en una comedia de escasa importancia, en la que interpretaba el principal papel Lena Ausworth, una de las actrices más apreciadas por el público de Londres. Aquí comencé mi carrera teatral, en la que al fin conseguí llamar la atención del público en el 1919, interpretando un papel bastante difícil en la versión inglesa de los «Avariés», de Brieux. En esta misma época entré en relaciones por vez primera con el aparato de toma de vistas, realizando bajo la dirección de Walter Wes, «Les Fils de Davids», teniendo como «partenaire» a la encantadora Poppy Windham. No quedé muy contento de mi primera labor cinematográfica; pero me di cuenta en seguida de que este nuevo arte no había dicho todavía su última palabra.

»Algún tiempo después tuve la suerte de partir para los Estados Unidos con una «troupe», en la que todos estábamos llenos de bellas esperanzas. No nos acompañó la suerte en esta «tourné», y en lugar del éxito que esperábamos nos tropezamos con la malaventura. Más tarde, bajo la dirección de

Fay Bainter, continué mi correría a través de Norteamérica: esta vez fuimos más afortunados por haber elegido varias obras que habían alcanzado éxito formidable en New-York. Cuando llevado por mi destino caí sobre Los Angeles, aconsejado por varios camaradas intenté contratarme en los estudios de Hollywood, fracasando en toda la línea, pues «no interesa», fué la contestación que recibí en todos ellos. Volví al teatro y en él continué hasta que el cine vino a mí, cuando ya no me interesaba entrar en él. Ocurrió esto el año 1923; interpretaba en aquel entonces «La Tendresse», de Henry Bataille, con Ruth Chatterton y Henry Miller, cuando el director de escena, Henry King, me propuso el papel de «partenaire» de Lilian Gish en «La Hermana Blanca». Rehusé infinitas veces por temor de dejar lo cierto por lo incierto; pero ante la insistencia de Henry King y el consejo de la linda Lilian Gish, que en persona vino a conquistarme para el cinema, me vi obligado a ceder.

»Este fué mi primer paso en el arte mudo. Tras este film, realizado con Lilian Gish, turné «Romola», y ya de pleno en el séptimo arte, realicé bajo la dirección de George Fitzmaurice «L'Etreinte du Passé», «La Maison de l'homme mort», «La Flamme victorieuse», con Blanche Sweet; «L'Ange des Ténébres», con Vilna Banky. De estas cuatro obras, la que más me place es la última, pues me recuerda los tristes momentos de la guerra, en la que intervine como desgraciado actor. Con Blanche Sweet por «partenaire», realicé también «Una femme tres sports», que llevó a la escena Mashall Meilan, uno de los mejores realizadores americanos, film que fué turnado en alguna de sus partes en varias comarcas de Francia e Inglaterra.

»Siguiéron a éstos varios films que me valieron mis mejores éxitos: me refiero a «Sa sœur de Paris», que tuvo por intérprete femenina a Constance Talmadge; «Kiki», con Norma Talmadge, en la que interpreté el papel de un director de teatro que se encuentra en una situación sentimental bastante embarazosa; «L'Eventail de Lady Windermere», que me proporciona la ocasión de turnar bajo la dirección de Ernest Lubitsch, el gran director de escena; en fin, uno de mis últimos éxitos fué el alcanzado en «Le sublime sacrifice de Stella Dallas», film en el que encarné el papel de padre de la graciosa y pequeña artista Lois Moran y de marido de Belle Bennett, la colosal estrella que supo en esta película llegar al alma de tanta mujer.

»Se me ha hecho pasar por un intelectual feroz enemigo del sport — nos dicen—. Yo creo que en esta época moderna se pueden cultivar al mismo tiempo el cerebro y los músculos. Nada me divierte tanto como un buen match de boxeo, pero nada me interesa tanto como un buen libro. Las mejores horas de mi vida las pasé inclinado sobre las páginas de «David Copperfield», de Dickens, que es una obra maravillosa por el humano colorido que encierra.»

Al decirnos esto sonríe melancólicamente, y nosotros, seguros de la buena acogida que tendrán nuestras palabras, le preguntamos: —¿Es cierto, según aseguran, que David Copperfield pertenece a vuestra familia?

Vuelve a sonreír con más tristeza, y nos dice:

—Cuando un hombre se ve obligado a realizar la labor que yo realizo, no suele poner en sus labios declaraciones que puedan ensombrecer la hidalguía de un nombre tan altamente honrado...

CRÓNICA DE PARÍS

Algunos novelistas franceses en pro del cinema

Una de las últimas noticias, comentadísima por la prensa francesa, es la que da cuenta de la Asociación de Argumentistas, formada por algunos escritores de prestigio, entre los que se cuentan Pierre Benoit, Henry Champly, Pierre Chaulaine, Henry Dupuy-Mazuel, Jean-José Frappa, Alfred Marchard, Marcel Priollet y Thierry Sandre.

El objeto de esta Asociación, es el de ayudar con su reconocido talento a las empresas editoras, escribiendo argumentos que tengan alguna solvencia artística y literaria. Dicha Asociación lleva el nombre de «Asociación de Argumentistas de Imaginación», y es muy posible que dé grandes días de gloria al cinema francés.

Por lo pronto, ya tienen los cinematografistas la tan cacareada literatura cinematográfica. Durante mucho tiempo, editores, directores y «estrellas» vienen predicando esa clase de literatura. El cine, que tiene el orgullo de llamarse arte nuevo, no tiene suficiente con la literatura hasta hoy creada y quiere poseer una literatura propia. Ya la tiene: escritores de prestigio se pusieron a su disposición y ya han preparado tres obras, a las que han dado vida en conjunto y firmarán con un pseudónimo común.

Ya está salvado el cine. — «¡Oh, el día que al cine se dediquen escritores de talento!»: esto lo he visto escrito en letras de molde infinitas de veces. No me negarán que los escritores que han fundado esta Asociación están considerados como hombres de talento: algunos de ellos lograron que su nombre salvase las fronteras con todos los honores... Pues bien, así y todo, y a pesar de la buena voluntad y del talento de estos escritores, el cine seguirá su camino, sin saltos bruscos, hacia el logro de una máxima perfección. La grande equivocación de los cinemastas, está en creer que al cine le va a conducir por más amplios derroteros una literatura propia. Nada más lejos de la realidad. La técnica y la dirección artística, sí: le salvarán, quiera o no quiera y sea quien sea el «escenarista». Cecil B. de Mille, E. A. Dupont, Rex Ingram y todos aquellos directores que nos probaron su suficiencia artística, son, a mi juicio, los que han de labrar las bases en que se asiente en el futuro el edificio perfecto de este que han dado en llamar — no sé por qué, séptimo arte y arte mudo.

En la literatura universal tiene el cine argumentos de formidable belleza, que no esperan más que la mano de un buen adaptador y un genial realizador, para convertirse en soberbios films, dignos del siglo y del ascendente perfeccionamiento de los medios auxiliares con que cuenta la cinematografía. A mi juicio, no ha de ser el argumento el que haga al director, sino al contrario. El mejor film de la época será el realizado por un director capaz de llevar a la pantalla, con la perfección que esto requiere, la obra teatral o la novela de un genio. Cuando al amante de la gran literatura se le hagan sentir por medio de la pantalla las mismas bellas impresiones que le produce la lectura de un buen libro, se habrá llegado a la más alta cumbre que pueda alcanzar la cinematografía.

En la novela, todas las sensaciones son producto de un acoplamiento de dos campos imaginativos, uno principal; el del autor, y otro secundario; el del que lee. En el drama, la

imaginación del espectador no juega ningún papel, y sin embargo, la emoción es más intensa, aunque tiene menos campo de desarrollo. En aquella, todos los sentidos intervienen imaginativamente. En éste, sólo algunos de ellos se impresionan bajo el poder emotivo de la acción. Al cine le está reservado el papel: el de lograr en el ánimo del espectador las mismas emociones que produce la novela, con la misma realidad e intensidad con que le hiera la obra dramática.

El fondo de la cuestión, al fin y al cabo, no es más que uno. Todas las artes conducen al genio. El cine, sin duda por su juventud, aún no ha tenido tiempo de lograrlo. Y este genio es el que el cine espera, para recibir el gran impulso. Si como dicen algunos, es un arte nuevo, el genio llegará hasta él; en caso contrario, seguirá su vida dependiendo del verdadero arte, hasta que encuentre una definición perfecta. En la actualidad, el cine tiene el encanto de las artes plásticas, pero carece de la sublime emotividad de las artes líricas. No hemos de olvidar que uno de los más bellos agentes de la emoción es el sonido, y el cine carece en absoluto de esta divina cualidad.

En conclusión: no creo en el gran paso dado por la cinematografía, por el solo hecho del talento de «La Asociación de Argumentistas de Imaginación», ni espero de él la obra cumbre de la cinematografía, y sigo creyéndole al cine, a pesar de su próxima literatura propia, supeditado más a la técnica y al buen gusto artístico de la dirección escénica, que a la argumentación, aún cuando ésta sea producto del claro talento de Pierre Benoit y demás componentes de la nueva agrupación.

JEAN DESJARDINS.

París, 22-1-26.

PRESENTACIONES DE LA SEMANA

Le dernier round

Aunque hemos visto muchos films deportivos llenos de comicidad, jamás hemos aplaudido con tanto agrado como ante esta nueva producción de Buster Keaton. Este gran cómico de la pantalla nos conduce en «Le dernier round», al mundo del ring, e interpreta en este divertidísimo film el papel de un hijo

de familia, que se ve obligado, en virtud de algunas raras circunstancias, a pasar por boxeador, sin que en él exista un átomo de pugilista. Keaton, que es al mismo tiempo director de escena y principal intérprete de esta película, ha sabido sacar un admirable partido de todas las pruebas que debe sufrir un pugilista antes de llegar al ring: entrenamiento, masajes, combates preliminares, etc., además del match final, que constituye por sí solo un éxito de hilaridad.

Buster Keaton es uno de los pocos artistas de la pantalla que posee a maravilla la ciencia de agradar. En este film ha logrado hacer, con un tipo viejo, una comedia nueva y atrayente, que ha logrado uno de los más brillantes éxitos de la temporada. Su interpretación es de primer orden. Le acompañan y realizan una interesante labor cómica, Smitz Edwards y Sally O'Neil, gentil enamorada, cuyos bellos ojos consiguen que nuestro héroe aborde todos los peligros de este sport.

ESTRENOS DE LA SEMANA

La Petite Bonne du Palace

He aquí el décimo film que la deliciosa Betty Balfour ha realizado en Francia bajo la dirección de Louis Mercanton. «La Petite Bonne du Palace», viene a probarnos una vez más lo mucho que se puede esperar de esta colaboración franco-británica.

En todas las escenas en que Betty Balfour interviene, se nota el encanto que esta simpática estrella inglesa presta a todo cuanto la rodea. Humilde sirvienta de una modesta pensión de familia, todo su afán vive en complacer y hacer la vida agradable de un viejo sabio, que por un azar del destino hereda un gran palacio, al que se traslada en compañía de la linda sirvienta, que se convierte en «La Petite Bonne du Palace», llena de encantadora gracia y dulce ingenuidad, que se ha hecho aplaudir y admirar en la lujosa sala del «Omnia-Pathé».

La Gran Duchesse et le Garçon d'Étage

Este estupendo film, que se pasa en exclusiva en el «Aubert Palace», está basado en la célebre obra de Alfred Savoir, que constituyó uno de los más grandes éxitos del Teatro de l'Avenue. No creo que la carrera que seguirá este film sea menos gloriosa que la de la comedia de M. Savoir. En esta película, la fantasía de Adolphe Menjou y el talento de Florence Vidor, se unen para conservar en «La Gran Duchesse et le Garçon d'Étage», toda la fineza y el elegante sello parisién que en ella puso su autor. El papel de Albert, hijo del Presidente de la República Helvética, convertido en camarero para poder aproximarse a una duquesa rusa, no desmerece en nada del papel que Adolphe Menjou realizó en «L'Opinion publique». Nadie más indicado que él, para encarnar este difícil personaje, que conserva, en medio de sus desgracias, un excelente buen humor.

Florence Vidor encarna una Gran Duquesa, desterrada, que no perdió en la desgracia sus gustos y costumbres. Ella sabe resistir, orgullosa, los intentos de su tenaz pretendiente, realizando una inteligentísima labor al interpretar las varias manifestaciones del carácter de la excéntrica Gran Duquesa.

Tanto el uno como el otro, son aplaudidos incesantemente en el Aubert-Palace, que se ve todos los días lleno, de un público deseoso de admirar a tan interesantes artistas.

BOLETÍN de votación para el Concurso de POPULAR FILM

Nombre del votante

Domicilio

número

Población

Provincia

Voto por

Firma:

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Trimestre, 2'50 pesetas / Semestre, 4'75 pesetas / Año, 9'00 pesetas

Extranjero: 15 pesetas año • Pago por adelantado

Envíese el importe de la suscripción por giro postal o en sellos de correo.

Popular Film

El retablo de maese Pedro

Primer coloquio

(Entre el Crítico y el Autor)

A. — Estoy muy quejoso de usted, amigo Crítico.

C. — ¿No he alabado lo bastante su última comedia?

A. — Justamente. Habla de ella con tal indiferencia... Le concede tan poco espacio...

C. — Es cierto. No he dedicado a su obra una plana del periódico, ni siquiera una columna. ¿Pero qué quiere usted? Todas las ideas, todas las bellezas, toda la acción de su comedia, podrían encerrarse en cuatro líneas y aún sobraría espacio. Me admira realmente que usted haya podido escribir tres actos sin decir ni demostrar nada.

A. — Sí, ya he visto en su crítica que le asombra mucho mi carencia de ideas. ¿Pero de veras cree usted que al teatro le hacen falta las ideas?

C. — Le hace falta el Arte y el Arte es Idea y Belleza; emoción, acción y sentimiento. La palabra no emociona más que cuando es vehículo de la idea o expresión del sentimiento. No hay palabra huera, sin contenido, sin substancia ideológica, que sea bella. A lo más, un conjunto de palabras, forman una frase que suena bien por su propia oquedad; pero este sonido se apaga pronto, sin que tenga resonancia en el corazón o en el cerebro de quien lo ha escuchado. ¿Y cómo puede ser bello lo que no sugiere una idea noble, ni produce una emoción intensa?

A. — Sutileza, argucia, sofisma. Algunas obras, en las que según usted, está ausente la idea y el sentimiento, han hecho y hacen, sin embargo, llorar al público, como otras le obligan a abrir el chorro de la risa.

C. — Primeramente habrá que preguntar como Larra: ¿Dónde está el público?

A. — Perdona que le interrumpa. El público está en los palcos, en la platea, en el gallinero.

C. — Respuesta sutil; ¿pero está usted seguro de ello? ¿No será el verdadero público el que se queda en la calle cuando lo que se representa en el teatro es una comedia idiota? Decía usted, amigo Autor, que el público llora

o ríe ante una obra que carece de idea y de belleza.

A. — Eso he dicho. Lo he presenciado muchas veces.

C. — Sin embargo, no es la obra en sí lo que le arranca lágrimas o carcajadas. Es su propia miseria espiritual, su propia estulticia (las del público), que ve reflejada en los muñecos que se mueven, hablan y gesticulan en el escenario. Esas personas que lloran y ríen cuando se representa una obra a la que le falta el sentimiento de lo trágico y el sentido de lo cómico; es decir, una obra que no tiene valor humano, belleza artística, lloran y ríen por ellos mismos, que también carecen de sensibilidad para percibir, y de criterio para discernir lo bello y lo noble de las acciones humanas. Uno de estos individuos, que no se emocionaría ante «Los disciplinantes», de Goya, por ejemplo, se conmueve ante el cartelón de feria pintarrañado de albayalde, en el que figuran las escenas del horroroso crimen de Cuenca, pongamos por suceso espeluznante.

A. — Así, el público...

C. — Nadie lo conoce. A lo mejor, en un teatro atestado de gente, hay una sola persona que representa al público.

A. — ¿Y las demás?

C. — Las demás han ido al teatro a admirar la belleza o la «toilettes» de la primera actriz, a ver los gestos del primer actor, a oír las morcillas del galán cómico... A todo menos a escuchar la obra que se está representando.

A. — Entonces, ¿qué papel pintamos en el teatro los autores dramáticos?

C. — El que representa el tendero tras el mostrador de su tienda. Aprovecharse de la falta de atención o de la estulticia de sus parroquianos para meterle gato por liebre, o para que una libra se convierta en un kilo.

A. — ¡Es usted terrible, amigo Crítico!

C. — Y usted un *vivales*, amigo Autor.

MATEO SANTOS.



Encarnación Coscolla, perfila su belleza y su arte como actriz en un teatro de selección del que es propulsor Adrián Gual y un grupo de jóvenes poetas

La producción francesa ha retornado purísima al estilo que las primera comedias musicales de la post-guerra habían abandonado tanto en la composición musical como en la argumentación de los libretos.

En el Teatro de la Michodière, M. M. André Messager, Hennequins y Willemetz, nos han dado, con «Passionné», uno de los mejores espectáculos musicales del año, tanto por la estructura de la obra como por el interés de la acción y por la inspiración de los cantables, para los cuales el compositor de «Verónica» ha guardado intactas las excepcionales cualidades que le proclaman uno de los mejores músicos de París.

En este mismo teatro, M. M. Reynaldo Hahn, Pierre Wolff, Henri Duvernois y Hugues Delorme, han presentado «La Temps d'aimer», una deliciosa comedia lírica que M. Reynaldo Hahn ha comentado con una partitura delicada que encierra en sí una nueva colección de las melodías que hicieron célebre en el teatro lírico nacional.

También hemos seguido con interés el esfuerzo realizado en el «Teatro des Nouveautés» por M. Maurice Ivaïn, tratando el final de «Un Bon Gars» a la manera de los clásicos de la opereta, y orientándose hacia una forma más francesa, menos esencialmente rítmica y de un equilibrio musical más seguro.

En «Bouffes-Parisiens», M. Christiné, con la colaboración de M. M. Willemetz y Saint-Granier, ha sabido también utilizar en la comedia musical la alegre inspiración desbordante de buen humor que había desaparecido bajo el ruido brutal del jazz, y que renace vigorosa y melódica, gracias a este compositor de tantas letrillas y romances célebres.

A esta evolución de la comedia musical (zarzuela) y a su expansión en el curso de esta temporada, un nombre nos resta que añadir: el de M. Gustave Luinsson. Gracias a él, la comedia musical francesa podrá luchar victoriosamente contra la invasión en nuestros escenarios de las producciones extranjeras, las cuales, precedidas a veces de una reputación mundial, no conseguían llegar a nuestro público por la pobreza de sus libros y la escasa fuerza de sus ritmos. Gracias a M. Luinsson, la comedia musical ha podido satisfacer las nuevas tendencias de un auditorio transforma-



Fressia Coscolla, la feliz intérprete de L'Assommoir de «Haude Matern», de Hapman.

La opereta francesa vuelve a sus formas clásicas

En los escenarios franceses se han estrenado o reprisado durante el año 1926 no menos de veinte operetas. Esta cifra basta para demostrar la actual importancia de este género.

Si exceptuamos el Teatro de la «Gaité-Lyrique» que merced al coraje y paciente esfuerzo de su director es el único teatro de París reservado exclusivamente a la verdadera opereta, según la tradición de los Offenbach, de los Lecoq y de los Audran, todos los demás no han hecho más que presentar comedias musicales. Este término no tiene nada de peyorativo.

Otro de los casos de excepción le tenemos en el Teatro Mogador, que ha montado durante esta temporada dos operetas extranjeras, ya célebres en Europa: la una, vienesa, «La Bayadera»; la otra, americana, «No, no, Manette». El jazz y sus quebrados ritmos han alcanzado cerca del público parisién un éxito que no han logrado obtener los temas lánguidos del compositor vienés.



Eduardo Marceán, primer actor de la compañía que ha actuado recientemente en el teatro Nuevo

do por la guerra. Gracias a él, nuestros libretistas y nuestros compositores han podido escribir obras con la casi certidumbre del éxito, seguros de que el tiempo se encargará de encontrar ideas nuevas, de perfeccionar la forma y de conducir insensiblemente al público a espectáculos más selectos.

Defendidas y realzadas por la dirección escénica, la cual va adquiriendo cada vez más riqueza de ideas merced a la seguridad técnica de M. Edmond Roze, estas comedias musicales evolucionan poco a poco hacia la ópera bufa o hacia la verdadera opereta que había reemplazado a la antigua ópera cómica francesa. M. Luinson, deseoso de dar la mayor vitalidad, se ha dirigido a M. M. André Messager y Reynaldo Halm para que, colocándose a la cabeza de este esfuerzo, protejan nuestra música ligera contra todos los elementos extraños que la intervienen, transformándola.

La comedia de magia, que el año anterior nos había valido el éxito formidable de «Mannequins», ha dado en 1926 dos obras interesantísimas: «La Divin Mensonge», del compositor de «Mannequins», M. Szulc, sobre un libro de M. M. Alex Madis, Pierre Veber y Hugues Delorme, y «A Paris tous les deux», de los autores del libreto de «Mannequins», M. M. Falk y Bousquet, musicada por M. Gastón Menier.

Todo lo reseñado nos hace asegurar que la opereta francesa vuelve otra vez a sus orígenes y a su forma clásica con los elementos asimilados y con las nuevas ideas adquiridas. Todo hace creer que el año 1927 verá a este género abandonar definitivamente las estrafalarias modas que le atenazaban, para aprovechar una inspiración más sincera y una arquitectura musical más sólida.

PIERRE MANDRU

La odisea de un gran comediante español

Sabido es que hace ya tiempo embarcó para América el comediante español Ricardo Calvo, intérprete sin igual de nuestro teatro clásico. Creía Ricardo Calvo que en esta excursión artística le acompañaría el éxito como en otras realizadas por los países de la América latina. Pero si bien es cierto que triunfó una vez más su arte en aquellas repúblicas, el resultado económico ha sido desastroso para él.

En la Habana, después de una triste odisea de cómico de la legua por otras tierras ameri-

canas, le sorprendió la catástrofe producida por el ciclón, y en ella perdió el gran actor la esperanza de reanudar las tareas teatrales, alejándose para él la probabilidad de liberarse económicamente.

En tan angustiosa situación, Ricardo Calvo esperaba que le alcanzaran los beneficios de la suscripción para los damnificados. ¿Pero quién se acordaba del comediante, cuya dignidad artística le impedía solicitar directamente un socorro? Ricardo Calvo se quedó, pues, sin auxilio, y continúa en la Habana sin que le sea posible formar compañía ni detenerse allí más tiempo.

La odisea del más ilustre intérprete de nuestro teatro clásico es conocida por sus compañeros del Sindicato de Actores y por las autoridades españolas.

¿No se habrán adoptado ya a estas horas las medidas que exigen el compañerismo y el prestigio de nuestra escena?

Es de esperar que así se haya hecho. Otra cosa sería un bochorno para la historia del teatro español.

¿Pero trabaja el maestro Serrano?

Recortamos de un periódico de Madrid: «Hace varios días se habla en los corrillos de gente teatral de las tres obras que está acabando el maestro Serrano.

Nosotros podemos asegurar a los infinitos admiradores del «lento» maestro valenciano que una de ellas se estrenará dentro de muy poco y simultáneamente en el teatro Apolo, de Valencia, y en el Centro o la Zarzuela, de Madrid.

Es una zarzuela en dos actos y cuatro cuadros, titulada «Las hilanderas», libro de Federico Oliver.

Y de don Federico diremos, además, que está terminando la adaptación teatral de la afortunada novela, de Insúa, «El negro que tenía el alma blanca».

«La noche del sábado», en Milán

Tatiana Paulova, la actriz rusa que se nacionalizó en Italia a raíz de la revolución, ha inaugurado su temporada en el teatro Manzoni, de Milán, con «La noche del sábado», de nuestro ilustre dramaturgo don Jacinto Benavente.

Tatiana Paulova posee el mismo criterio renovador de Eva Le Gallienne, la célebre actriz norteamericana que también dió a conocer al público yanqui la comedia de Benavente, cuyas representaciones las alternó con «Las tres hermanas», del ruso Chejov. De ahí que Tatiana haya puesto en escena «La noche del sábado», que hemos de confesar no entusias mó a los espectadores.

En Italia, don Jacinto no cuenta con tantos ni tan fervientes admiradores como los Quintero, que han gozado, ultra los Alpes, un favor sólo comparable al de ciertos autores franceses. «El genio alegre» y «Los trabajos de Hércules»—título italiano de «Las de Caín»—lograron, al ser representadas en la patria de Pirandello, mucho más éxito que «La noche del sábado».

El tenor Canalda triunfa en Génova con «Sigfrido»

Los periódicos italianos comentan el gran éxito alcanzado por el tenor español Luis Canalda, cantando «Sigfrido» en el teatro Carlo Felice, de Génova.

Toda la prensa de Italia reconoce, unánime-

Este número ha sido visado por la censura

Popular Film

mente, que Canalda es hoy por hoy el primer intérprete de la música wagneriana, encarnando el tipo de «Sigfrido» con un arte y una prestancia insuperables.

Estas noticias se han comentado con la natural satisfacción en los círculos musicales de nuestra ciudad, donde Canalda es muy estimado por el grato recuerdo que dejó con sus actuaciones en el Gran Teatro del Liceo.

El aniversario de la muerte de Buloz

En este mes se cumplieron los cincuenta años de la muerte de Buloz (12 enero 1877), director que fué de «Revue de deux mondes», y al que tantos y tantos epigramas y canciones se dirigieron por su actuación en la nombrada revista.

Nació en 1803; estudió química, que abandonó por el oficio de impresor, y más tarde sentó plaza de corrector de imprenta. A la edad de veintinueve años tuvo la fortuna de ser nombrado redactor jefe de la «Revue de deux mondes», la que, con su poderosa fuerza de voluntad, difundió Buloz por todo el mundo.

En 1838 fué nombrado comisario real, y más tarde administrador de la Comedia Francesa, donde se le consideró bestia negra. Cada día las caricaturas le ponían en ridículo. Los comediantes exigieron su dimisión.

Una obra de Alejandro Dumas, triunfa nuevamente en Italia

La compañía italiana que dirige Darío Nicodemi, acaba de hacer una curiosa exhumación. Ha representado en Milán la antigua comedia de Alejandro Dumas que lleva por título «Diane de Lys», no representada en Italia hacía más de treinta años.

El público milanés se ha entusiasmado con la antigua comedia de Dumas, y ésta ha alcanzado un respetable número de representaciones.

La crítica extranjera

La crítica extranjera celebrará su Asamblea constitutiva el 29 del actual en la Casa de los Periodistas, de París.

El nuevo organismo, estrictamente especializado, agrupará a los críticos dramáticos, musicales, cinematográficos, literarios y de arte. Los miembros fundadores, en nombre de treinta, representan a veinte grandes países.



Víctor Blanes, otro actor de la compañía que actuaba en el Nuevo